

Cuadernillos de Poesía Colombiana

29

Helcias Martán Góngora

La presencia de Helcias Martán Góngora en este cuadernillo de poesía colombiana se explica por la calidad de su obra poética, situada, no obstante su juventud, entre la más apasionada y apasionante de la última generación colombiana.

Un sutil crítico, Luis Vidales, ha advertido que la irrupción de Martán Góngora en el mundo de la poesía colombiana se ha señalado porque con él entra el mar como elemento definitivo de nuestra poética. Otros poetas lo han cantado, en efecto, pero sin perder su actitud mediterránea de espectadores y si eran vecinos del mar lo habitaban como marinos pero lo miraban con ojos de tierra. Martán Góngora llega con su poesía sobre el territorio estético de la patria, con el mismo ritmo de la pleamar. Es el propio mar el que se refracta en su poesía arrastrando el oleaje de sus imágenes y sus ritmos, tan esencialmente marinos como las algas, el coral o los peces que cabrillean juguetonamente debajo de las aguas. Hasta ella sube su infancia que convivió no en siml sino en olor de vida salobre, con toda la móvil población escamada que lleva el brillante recuerdo del sol a las intimidades de la tierra.

Nace en una costa del Pacífico, trenzada al mar por las palmeras litorales; el sentido interior de la propiedad paterna, tan alinderado por el agua, suscita el vago espíritu de Ulises; muchachas emancipadas, con el alma emproada hacia el lucero matutino y los cuerpos anfibios y una soledad yodada y pulida al viento como la ola; niñez combada hacia el corazón como las velas tutelares. En su poesía resuena todo aquello que despertó sus sentidos y los llenó de la extraña y confusa música del agua. Cuando me contaba la exégesis de muchos de sus poemas sentí el aire salobre y en el acento el lejano crepitar del agua contra los acantilados.

Aquella experiencia de la soledad ha enriquecido su mundo interior. Porque es una soledad específicamente distinta, la soledad marina de la mediterránea. Esta es una soledad maciza y sólida, insobornable y pétrea cuya única evasión está en la nube que viaja de un contorno a otro del circular horizonte. En cambio, la soledad del mar es elástica y fluída, grávida en su vaivén de llenar el espacio que abre el agua cuando el aire presiona su telar de espuma; cuando se abre súbitamente otro ámbito sobre la rielada superficie del rayo o cuando el cielo se infla por la vía de la luz estelar.

Todo esto explica la actitud de este poeta ante sus predecesores, sin que haya tenido que ser de expresa rebelión sino de t. cita evidencia. Porque se ha dicho que "el primer deber de cada poeta es negar a sus antepasados", pero es necesario entender que no se trata de la esencia de la poesía sino de la retórica de los antiguos. Robert Frost explica vivencialmente el fenómeno: "Cuando empecé a escribir me dí cuenta de que no me servían las palabras de los antiguos; era necesario que yo mismo me creara mi propio lenguaje. Y ese lenguaje —que sorprendió y moles-

tó a algunas personas— era el lenguaje de mi pueblo, el lenguaje que rodeó mi infancia y adolescencia. Tuve que esperar mucho tiempo para encontrar mis palabras. Hay que usar el lenguaje de todos los días... pero sometido a una presión distinta. Como si cada palabra hubiera sido creada solamente para expresar ese momento particular”.

Aquella soledad y estas palabras están usadas en Martín Góngora con el mínimo de cantidad y el máximo de expresión. Por todas sus sílabas sube aquella savia silenciosa, aludiendo a la clorofilia que colorea las imágenes. con aquel color del mar que transita por la esmeralda, la glicinia, el oro metálico o el arrebol. Todo subordinado a la gota de soledad que le cae desde lo hondo del cielo, del de su infancia tan frecuentada de aldeas, dunas, muchachas festivas, bronceos marineros, dátiles y caracoles. El dominio sobre estos elementos le da a este poeta aquella facilidad manual exigida por Rilke, subestimando la mente en beneficio de las manos que son más veraces.

Desde ese alvéolo de soledad personal estallan estos versos:

“Oigo rumores claros, murmullos imprecisos,
ritmo de pie desnudo, susurros como besos,
música repetida con pausas de relojes,
lentas gotas melódicas, desbordadas canciones,
.....
orquesta ebria de espacios, ávida de la parva
zona de soledad que el minuto depara”.

“Norma de castidades, tu transparencia sola
borra de la memoria las sombras del pecado.
Forma del llanto, puedes morar como una lágrima
penitente entre cactus, condenado de espinas.
Rocío, niño de agua: cuando yo engendre un hijo,
que tenga el alma tuya y nazca con el alba”.

La niñez del agua en el rocío, la pubertad en la lluvia, la juventud en el río y la vejez en el océano comprende la poemática biografía del agua y en ella se cumple la integración del hombre al elemento y la calidad estética de su sufrimiento. Porque, como anota el filósofo de la angustia, la participación estética del sufrimiento se produce en una atmósfera absolutamente pura. El dolor trágico supone una culpabilidad. El hombre conoce que ha pecado y su dolor es la expiación que no puede expresarse sino con los acentos de la tragedia. No así la soledad sufrida en inocencia, bañada por el casto alisio marino. Y esta es la soledad que este poeta, producida en una atmósfera que tiene la pureza química de los elementos primordiales.

De ahí que estas palabras sean más alusivas a la personalidad del poeta que a las formas de su poesía, porque ellas están advirtiendo que esa poesía es evidente.

Abel NARANJO VILLEGAS

Biografía del agua

I

Oigo rumores claros, murmullos imprecisos,
ritmo de pie desnudo, susurros como besos,
música repetida con pausas de relojes,
lentas gotas melódicas, desbordadas canciones,
arrullos como nidos en ramas de silencio,
y graves, hondos ecos, rugidos, voces roncadas,
clamores de la muerte —casi sangre tallada
en madera de gritos, blasfemias y alaridos,
orquesta ebria de espacios, ávida de la parva
zona de soledad que el minuto depara.

Sansación de sonido, cósmico pentagrama,
cautivo entre tus redes, preso por tus tentáculos,
callado continente entre el sueño y la nada,
tu biografía escribo con rudas manos húmedas
para que las mujeres, los niños, los varones
que junto a tí pasaron sin oír tu mensaje
tornen hacia tu rostro la flor de los sentidos,
¡agua múltiple imagen, melodía infinita!

II

Nieve sobre las cumbres, tu blancura de hielo
es fugaz escultura que la luz desbarata.
Azucena de frío con el sol te marchitas.
Novia gélida, el fuego —vivo amor— te consume.
Y te transforma en niebla, como espiras de humo.
Vaporosa paloma, argonauta de brumas
que entre encajes aéreos tu hermosura recatas.
¡Oh criatura inasible que recorres el mundo
sobre el lomo del viento, amazona de nubes,
tripulante de nubes!... —Altos, raudos bajeles
a la poste encallados en la rada del cielo—
Agua de las alturas, de la diestra de Dios
desciendes hasta el vientre nocturno de la tierra
y completas el ciclo retornando a la nube
a formar archipiélagos, a orillas del crepúsculo.
Nubes de ágiles proras con pasajes de estrellas,
rumbo a un itinerario de aldeas y muchachas.

III

Rocío, infante tímido, que habitas en la casa
vegetal de las hojas o en el lecho de un pétalo.
En tu mínima infancia la brisa que te mece,
—nodriza— narra historias de aromas extinguidos.
Anticipas cristales y clausuras espejos.
Reclinado en la cáliz de las flores visitas
las mansiones lejanas y alcanzas la hermosura

de los senos, o asciendes hasta las cabelleras.
Norma de castidades, tu transparencia sola
borra de la memoria la sombra del pecado.
Forma del llanto, puedes morar como una lágrima
penitente entre cactus, condenado de espinas.
Rocío, niño de agua: cuando yo engendre un hijo.
que tenga el alma tuya y nazca con el alba.

IV

De improviso, la lluvia me sorprende vagando,
cuando ya nada puede mi ternura inexhausta
contra el odio sin cauces, la mujer y el amigo,
contra todas las puertas de la burla entreabiertas.
Cuando es vana la exigua porción de mi alegría
con su tacto amoroso me sosiega la lluvia.
Sometido a su imperio es mi entrega tan pura
que ninguna doncella podría rescatarme.
Como soy de la lluvia la contemplo extasiado
danzar en los tejados, transitar por las calles
como una anciana loca barriando las calzadas.
Miro caer la lluvia sobre hombres y animales
que aligeran el paso como ante un importuno.
Solamente los árboles, los jardines, las yerbas
aceptan de la lluvia sus dones de milagro,
y la tierra gozosa que le ofrece los labios
para el ósculo fértil que predice cosechas.
y un hombre como todos, de la tierra nacido,
barro de eternidades y arcilla de miserias,
que tañe ahora la inmensa guitarra de la lluvia
y canta por la espiga, por las frutas doradas,
por el humilde trébol y los pastos hollados...
¡Lluvia, mujer curiosa detrás de los cristales!

V

Sin brocales de piedra, los charcos solitarios
son el lugar de cita de estrellas y luceros.
Espejos que refractan la sed de los ganados
y copian las miradas cansadas de los bueyes.
Agua sin movimiento, transparente cadáver,
un viento de elegías tañe en tus funerales:
¡solamente el contacto virginal de las manos
de una moza aldeana podrá resucitarte!

VI

Concebido en olor de pureza perfecta,
hijo de las montañas, desertor de la nieve,
te labras con las manos un lecho entre las rocas
y enlodas tus vestidos con el lino terrestre.
Alpinista, descienes desde las cordilleras
en trineos de músicas, eskiador melodioso,

a los valles remotos, manantial peregrino,
al fin de tu lactancia de fuentes soterradas.
Acrece tu estatura con los éxodos: eres
fluvial adolescencia que se trueca en torrente
mugidor como un toro y galán de distancias.
Si las rocas se oponen a tus ansias de fuga,
con un salto traspones los abismos tremendos.
¡Oh suicidios del agua, sin más tumba que el aire!

VII

El tiempo, así, en el río igual que la corriente
y menos que los árboles, pero mayor que el viento
infantil que adormece las ondas con su flauta.
Igual que el tiempo sólo las nubes emigrantes.
El tiempo, aquí, es dulzura, perseguida nostalgia
de mujer que me done sus ojos para el sueño,
porque a esta orilla verde siempre llegaba un rostro
a repetir la fácil verdad de los espejos.
Cuántas formas desnudas, sumerjidas de pronto,
entregándole al río sus milagros recónditos!
Con sus labios de espuma —geografía morena—
en deltas de mil besos el río las transforma.
Y la sombra movable de las ramas colmadas
sobre el cauce: columpio de las hojas sedientas
de una gota de luz, las hojas desprendidas,
nadadoras fallidas en la trémula linfa.
Y una voz de otros años. Un clamor de otros años,
tan adentro del alma con su faz entre nieblas...
Cuántos días me llaman desde el fondo del río?
Cuántas noches me acercan sus fluviales estrellas?
Porque habito en el fondo de un silencio sin nombre
las palabras de entonces se me ahogan adentro.
Claro olvido del agua... Así el río y la tarde
con remansos iguales a la orilla del tiempo.
Mi comarca de muertes cotidianas se nutre,
de una flora incansable de minutos frustrados.
¡Ah, los ríos eternos del crepúsculo, y siempre
la ribera del alba rescatada a las sombras!

VIII

Jardinera de espumas, inmensurable acuario.
En tu cielo invertido crecen estrellamares.
Agua del mar eterno, salobre amiga mía
¡cuántas veces he dicho tu nombre, tantas veces
que ya mi lengua sigue el rumbo de tus naves!

A tí confluyen todos los ríos del poema.
Mi corazón te surca lo mismo que los barcos.

Nocturno 2

Entre mi voz y tu silencio
está el amor, como un niño dormido.
Yo te hablo, dulcemente, con palabras
que tienen la frescura de los lirios.
Me sonríen tus labios con la música
del agua de los ríos
y me envuelve la aurora de tus ojos
eternamente sorprendidos
del temblor de las rosas que se abren
y el júbilo amoroso de los nidos.

No me preguntes nada,
porque es inútil inquirir lo mismo.
Ya sabes la verdad de mi ternura,
grande como el olvido,
y que mi corazón está colmado
por tí, como el racimo
de la vid con la sangre bienamada
del mancebo divino.

Desenredan tus manos en mis manos
la seda del idilio
e inclinas la cabeza sobre mi hombro
como un pájaro herido,
y en el cielo se encienden las estrellas
de los días antiguos....

Así cercanos al amor, en esta
paz que en el sueño conocimos,
con el seguro gozo del que cruza
los amados caminos....
En este instante del amor podríamos
hallarnos por la ausencia desunidos,
podríamos estar en otros brazos,
podríamos morirnos,
y ni la muerte ni el desdén podrían
desatar este nudo de prodigio!

Así, cercanos al amor en esta
exultación del corazón tranquilo,
distante la querella del vocablo,
lejano el pensamiento del sentido,
en tanto que la noche se apresura
por senderos distintos....

Así, cercanos al amor, adviertes
lo que antes tú no habías comprendido,
mas no quieres decirlo porque sabes
que comprendo lo mismo.

Nocturno 5

Llueve la noche
sus ángeles de infancia,
en mi sueño sitiado por campanas.
Labios de luz despiertan
guitarras suspirantes.

Las palabras me llegan
desde un lejano tiempo
—ondas de un río puro—
donde mi madre florecía estrellas.
Oleaje de palabras,
donde mi corazón —delta desierto—
se adelanta al silencio de las flautas.

Aquí, la voz es blanca,
como purificada por un fuego
de inefables distancias.

Llueve la noche
su juventud de ángeles en mi alma.
Labios de amor despiertan
guitarras suspirantes.

Las palabras me llegan
desde un cercano tiempo,
—ondas de un claro río—
donde floreces, alta,
novia imposible, estrellas.
Oleaje de canciones,
donde mi corazón —delta de ausencias—
se adelanta a tu voz enamorada.

También mi voz es blanca,
como purificada por un fuego
de olvidos y nostalgias.

Nocturno 7

Toma esta rosa del crepúsculo
y préndela a tus cabellos.
Yo me quedaré en la noche
innumerable de los puertos.
Me quedaré como los niños
que en vano buscan el lucero
para confiarle que una rosa
murió de amor entre sus dedos....

Toma mi voz de este crepúsculo
y guárdala en tu silencio.

Yo me quedaré en la noche
sin faros de tu recuerdo.
Me quedaré con estos labios
que fueron tuyos sin los besos
y tu nombre sobre mi sangre
como un navío sobre el sueño.

Toma mi llanto del crepúsculo
y ciñelo a tu albo cuello
como un collar de perlas tristes,
mientras yo en la noche me quedo....
Pero en la noche innumerable
y enamorada de los puertos.

Nocturno 8

No sé por qué en la noche
las palabras me llegan,
húmedas de rocío
como en una floresta.
Hablo entonces del cielo
donde estaba la aldea
igual que una muchacha
cantando en una fiesta.
(Bajo la noche pura
mi madre y las estrellas
me llenaban el sueño
de claridades nuevas).

No sé por qué en la noche
mis palabras regresan,
siempre desde el olvido
húmedas de tristeza.
Hablo entonces del cielo
del puerto y de las velas
de los barcos anclados
en la rada serena.
(Bajo la noche clara
mi novia y las palmeras
me llenaban los labios
de besos y poemas).

No sé por qué en la noche
las palabras despiertan
como un niño extraviado
en un bosque sin sendas.
Yo callo y mi silencio
es como una cisterna
colmada por el agua
nocturna de la pena.

(Bajo la noche larga
la vigilia comienza
y entonces sólo tengo
la luz de las estrellas).

Nocturno 10

Fueron dos las desencantadas
que me esperaron en el bar.

Trigueña y alta de la noche,
—Cecil, Flor, Mary, Soledad?—
su nombre es pétalo de olvido.
rumor de nostalgia, quizás....
Pero en sus brazos hallé el sueño
y el gin por ella embriagó más.

Fueron dos las desencantadas
que yo busqué siempre en el bar.

Esbelta y blanca, sonreía.
Rubia de pena y claridad,
nunca su boca fue en mi beso
ni su mirada en mi ansiedad....
Pero a su lado me sentía
como un navío sobre el mar.

Fueron dos las desencantadas
que me esperaron en el bar.

En qué puerto del mar sin nombre,
en qué noche del suspirar
estarán estas dos mujeres
que yo busqué siempre en el bar
y escanciaron la misma copa
que yo bebí para olvidar?

El bar nocturno ríe y canta
y el gin que bebo embriaga más.

Nocturno 12

Habría que nombrarla
con una flauta de oro.
Decir por ella; el cielo
se arrodilló en sus ojos.

Habría que cantarla
con pura voz de aromas.
Pedir para sus labios
los besos de las rosas.

Y tal vez no sabría
decir si en sus palabras
la luz de los luceros
se adelantaba al alba.

Y ya yo no sabría
decir si entre sus manos
la blancura del mundo
halló la flor del tacto.

Todo, porque ella canta
con música tan pura,
que hasta su cabellera
me recuerda la lluvia.

Todo, porque su cuerpo
enamorado tiene
la altura de los astros
bajo la noche leve....

Que yo ya no podría
decir tanta belleza:
todo, porque en el alma
comienzan las estrellas.

Necturno 15

A la sombra del árbol, noche de altas estrellas.
Miraremos la noche a la sombra del árbol.
Colmaremos de noche nuestros hondos silencios.
Que nos traiga la brisa el rumor de la sombra.

Déjame tú que oponga tu mano a las tinieblas.
Tu diestra es la blancura, y si habita en mis manos
es como una coraza de flores desveladas.
¡Oh, tus manos que pueden volar con las palomas!

A la sombra del árbol oiremos la noche,
junto a la enredadera del bugambil sangriento.
Déjame tú que oponga tus ojos a las sombras.
Tus ojos son el día. ¡Oh, tus ojos inmensos!

Llenaremos de noche los hondos corazones,
a la sombra del árbol nocturno de los sueños.

Elegía

(Rosa Martán, 1942)

Por tu sombra en la luz aprisionada
y tus labios que signan el desvelo,
el alto corazón sabe que el cielo
de tu voz no responde a la alborada.

Por tus manos, ceniza enamorada
que dispersan las aves de mi duelo,
el hondo corazón conoce el hielo
con que tú edificaste tu morada.

Por ese tuyo, corazón inmerso
en lágrimas. Por esa flor de luto.
Por esta soledad del universo

ausente en mí, de tu alba desterrado,
vengo a morder con duro labio el fruto
que me tiene tu muerte deparado.

Elegía

(Rosa Martán, 1943)

Sobre los linos albos
del mantel familiar,
mi padre, como Cristo,
parte en la cena el pan.

No hay vino en nuestro vaso
y el humilde manjar
sólo tiene el prestigio
de las otras y el mar.

La lámpara rosada
vierte su claridad
y pone en los objetos
su color matinal.

Mi madre, —dulcemente—
cuida de que el yantar
tenga el sabor perfecto
de su propia bondad.

Yo que a veces me olvido
que la voz es panal
y llevo este silencio
a flor de suspirar....

Yo que siempre me callo
cuando he callado más,
recuerdo que la lámpara
de arcilla fraternal

iluminó a la hora
de la cena frugal,
los ojos de la hermana
cansados de esperar.

Por ella, mi pan tiene
sabor de llanto y mar.

Elegía

(Omar Clarkson, 1945)

Omar Clarkson tenía las miradas
siempre como al regreso de un naufragio
y aunque sus ojos venían del crepúsculo
aún no sabía decir por qué mueren las rosas.
Su voz, honda de ausencias, se despertaba en un recuerdo.
Y era clara la ola de su palabra lenta
para nombrar un puerto o añorar una isla.
Yo veía a Omar Clarkson remar en la bahía
y me olvidaba, entonces, de todas las distancias.
Al mirarlo ninguna doncella habría podido
dejar de suspirar porque era bello
y tenía la fuerza de una espiga colmada.

Omar Clarkson, esbelto marinero del trópico,
moreno como el sueño, alto como el silencio,
que podías fijar el rumbo de tu nave,
lo mismo que decir: una estrella me duele
y aunque lo sabes, novia, miras el claro cielo....
Omar Clarkson, que siempre que tocabas un pétalo
pensabas en sus labios o hablabas del rocío.
Y era hermoso escucharte decir: en su sonrisa
el jardín educaba margaritas de gozo.

El último domingo del puerto, los marinos
hablaron de la muerte con voz de cercanías.
Y en alguna ventana del puerto, una muchacha
era como una rosa abierta en la elegía.
Omar Clarkson, Omar....